

soldados á pié, lasciva y militarmente vestidos con los despojos cogidos en las casas más principales, entonando cantares deshonestos, prorrumpiendo en horribles blasfemias y marchando todos al compás del penetrante y agudo sonido de los pífanos, atambores y trompetas. Las iglesias más veneradas, como la de San Pedro y San Pablo, estaban convertidas en establos de caballos y moradas de ramerías alemanas y españolas; las reliquias desparramadas por el suelo y muchos crucifijos, estatuas y pinturas fueron del todo ó en parte destruidos á arcabuzazos.

Un grupo de unos diez españoles entró al saqueo en una habitacion donde había varias mercancías, y entre ellas encontraron un saco muy grande lleno de una especie de monedas á modo de getones (1), que juzgaron ser de oro, y á fin de que tan cuantioso botin no se repartiese entre los demas compañeros de armas, se retiraron á la pieza más interior de la casa, haciendo los mayores esfuerzos porque no entrasen los que afuera esperaban. Acertó á pasar en este momento una compañía de alemanes, y viendo la resistencia que los de dentro oponían, sospecharon que habrían encontrado algun oculto tesoro, y para no perder un momento en entrar á la parte, con estopa y pólvora de arcabuz prendieron fuego á la casa, diciendo que no era justo que los alemanes hiciesen la guerra y los españoles solos sacasen de ella ventajas. Antes de marcharse tuvieron ocasion de ver arder el edificio y buena parte de los que estaban dentro.

Ciertamente, dice en su Relacion Jacobo Buonaparte, los españoles respetaron los lugares sa-

(1) Quattrioli.

grados y las santas reliquias; pero en crueldad y perfidia aventajaron á los alemanes.

Lo más espantoso de todo fué que tan horrible estrago no duró sólo horas ni dias, sino semanas y meses.

Réstame sólo advertir, que de cuantas Relaciones se conocen referentes á este famosísimo hecho de armas, ninguna es tan interesante, verídica, detallada y nueva como la que el Abad de Nájera, comisario general del ejército, testigo y principalísimo actor de la jornada, segun ahora se verá, dirigió al Emperador (1). Es completamente inédita y desconocida, y he tenido á la vista la misma carta original.

Carta del Abad de Nájera al Emperador.—Roma 27 de Mayo de 1527 (2).

«Sacratísima Cesárea Magestad:

»Lo que por esta ocurre avisar á V. M. es, que despues quel Ilustre Duque de Borbon con este felicísimo ejército determinó de no hacer la empresa de Florencia por ser luenga y muy difficile y que era mejor venir á dar en la cabeça, caminó dos dias por el val de Corno fasta llegar á treynta millas de Florencia, y de allí, visto que todos los enemigos coligados iban adelante diez millas, y

(1) Este célebre Abad de Nájera, que á más de los cargos arriba indicados reunía los de Consejero del Rey y su tesorero en el Estado de Milan, llamábase Don Fernando Marin, y fué sobrino del primer Abad de Nájera, Don Pablo Martinez de Uruñuela, á quien sucedió en la Abadía. Por lo que se ve, cuadraba más á su carácter la vida militar y cortesana que la retirada y pacífica del claustro. (Col. de documentos del Monasterio de Nájera, en el Archivo histórico Nacional.)

(2) Papeles del Sr. Gayangos.

más á meterse en Florencia, dió la vuelta, y por el país de seneses en dos dias atravesó y vino á la estrada Romea, y dexadas las ocho piezas de artillería que traya en Sena, por poder caminar más, caminando cada dia XVIII y XX millas, llegó á Roma y se puso á los cinco del presente sobrel burgo de Sant Pedro, entre la puerta de Sancti Spiritus y de Sant Pancracio; y otro dia lunes, al alba, con algunas scalas que se hicieron, se dió la batalla que duró dos horas y media continuas, tan rezia quanto jamás se vió. El Duque de Borbon, determinado de morir ó vencer, se llegó á combatir y subir por las scalas, y quiso su desgracia y la de todos que le dió un arcabuz por la ingle y dentro de un cuarto de hora dió su ánima á Dios, á quien por su infinita bondad plugo dar despues á V. M. la victoria, que se ganó por fuerza el Palacio y burgo de San Pedro, con occission de más de dos mill hombres de los que se hallaron á la defension. El Papa se había asegurado destar en Palacio sobre la palabra que Renço de Chery le había dado de defender á Roma con tres mil hombres que tenía, contra un ejército que venía sin artillería y tan muerto de hambre, que se decía que se caían los soldados de hambre, y que no podían sobir por la muralla; y vióse Su Santidad en tanto peligro que á gran pena tuvo tiempo de retirarse al castillo de Santangelo, donde está, con trece cardenales viejos y nuevos. Tambien están allí Renço de Chery, Alberto del Carpio, Jacobo Salviati, el Datario y otra mucha gente con poca victualla.

»Despues que se entró en el burgo, el príncipe de Orange y Juan de Urbina quedaron en el burgo, recogiendo la gente porque no se des-

mandase á saquear fasta que fuese ganado, y me enviaron á mí á reconocer la parte de Transtiberi, donde hay tres puentes por donde se pasa á Roma; y que enviase un trompeta al pópulo romano, que enviasen algunos gentiles hombres con quien se pudiese platicar ó enviasen ostajes quel Comendador Urries y yo, ó el uno, pudiese pasar á platicar seguramente con intencion de tratar de sacar dineros, para pagar lo más que se pudiese al ejército y que no se saquease Roma. El trompeta fué y traxo tan mala respuesta de los soldados questaban á la defension, que fué menester pensar á tomar por fuerça lo que quedaba; y assí se traxeron un cañon y tres piezas pequeñas de artillería ganada y se asentaron á la puerta de Transtiberi, y se dió la batalla á las XXII horas y media y se entró en el Transtiberi y por toda Roma, y se puso toda á saco, sin perdonar cardenales, embaxadores, spagnoles, alemanes, iglesias ni hospitales, y ha durado el saco fasta agora que importa una cosa infinita, y es la cosa más misteriosa que jamás se vió, la destruccion y miseria en que Roma se vee. En el propio altar de San Pedro y por toda la iglesia murieron más de XXX hombres; las estancias ricas del Sacro Palacio son las éstalas de los caballos. Es sentencia de Dios; plega á él que no se desdeñe contra los que lo hazen.

»Despues desto, otro dia que fueron siete del presente, el Arçobispo de Capua scribió de parte de Su Santidad que Bartolomé de Gatinara y yo, ó el uno ó otra persona fuese á tractar con Su Santidad la forma cómo pudiese ir seguramente con los Cardenales á ponerse en los brazos de V. M. en España, y así fué el dicho Bartolomé diversas veces y concluyó los capítulos, cuya copia envío

á V. M. Los alemanes vieron los capítulos, y no quisieron asegurar el Papa ni salir de Roma fasta que fuesen enteramente pagados de doscientos noventa mil ducados, que segun dicen por su cuenta se les deben, diciendo quel Papa y las personas y ropa que tenía en el castillo bastaban para esto, y por esta causa no se pudo poner en execucion lo capitulado, fasta que los dichos alemanes, visto que no había otro remedio, determinaron de contentarse con los cien mil ducados primeros que se contienen en la capitulacion y con quel Príncipe de Orange prometiese pagarles dentro de un mes todo el restante de lo que se les debe. Y con esta resolucion Vespasiano Colonna, Bartolomeo de Gatinara y yo á los XXX del presente fuimos al castillo para que Su Santidad firmase los capítulos y se concertase la forma de la execucion dellos, y en esto y en asegurar ciertos banqueros que nos habían de responder de los dineros contenidos en la capitulacion, pasaron quatro dias, que cada dia una ó dos veces el Arçobispo de Capua y el dicho Bartolomeo de Gatinara y yo entrábamos en el castillo por tractar y concluir lo arriba dicho. Y ya que todo estaba concertado y que no quedaba otra cosa que suscribir los capítulos y ponerlos en execucion, Su Santidad, que siempre tuvo intencion de diferir fasta que llegase el socorro que esperaba y de quien tenía ya aviso que venía y estaba desta parte de Viterbio, propuso á los Cardenales y otras personas que allí tiene de su Consejo, si les parecía que se debiesen suscribir los capítulos. El voto de los más fué que se suscribiesen, con condicion que si dentro de seis dias Su Santidad fuese socorrido, que no fuese obligado á complir los dichos capítulos. Los Cardenales Campegio,

Ancona, Cesis y Rangon fueron siempre de contraria opinion, exortando y requiriendo á Su Santidad que no quisiese poner su esperança en las armas, donde había de seguirse tanta efusion de sangre y ser causa de tan mal exemplo y de la total ruina de Su Santidad y de toda la Sede apostólica, y de otros muchos inconvenientes y escándalos que en la christiandad podrían suceder. Despues de todo esto, Su Santidad mandó llamar á Vespasiano Colona, á Bartolomé de Gatinara y á mí, que estábamos en una cámara y nos dixo que se le diesén los seis dias arriba dichos. Respondiósele, que quando Su Santidad hubiera pedido esto á principio, se hubiera hecho, mas que siendo pasados doce dias en pláticas, y estando la gente del ejército en sospecha que Su Santidad daba palabras, no se podía hacer sin tomar el consentimiento de la gente, especialmente de los alemanes, y que deciéndoles tal cosa se rompería todo lo que el Príncipe de Orange les había prometido y concertado con ellos, y que toda la gente se confirmaría en la opinion que tenía contra Su Santidad, y fácilmente podrían suceder cosas de mucho daño contra Su Santidad y contra Roma que no fuese abrasada, como los alemanes lo han amenazado. Sobre esta respuesta Su Santidad tornó á consultar con los Cardenales, y se resolvió de suscribir los capítulos y entregar otro dia el castillo. En esto vino Alberto del Carpio y desconcertólo todo, de manera que, despues de haber estado todo el dia en estas pláticas Vespasiano Colona, Bartolomé de Gatinara y yo nos volvimos á las XXIII horas, desconcluyendo todo el negocio, y sacamos con nosotros al Arçobispo de Capua, porque dixo que no quedaba seguro en el castillo segun los enemigos

que en él tenía. Su Santidad quisiera que lo de los seis días que pedía de término se propusiera al Príncipe de Orange, Juan de Urbina y los otros capitanes y servidores de V. M., y que aquella mesma tarde, aunque fuera noche, por el Arçobispo de Capua ó por una letra se avisara si los querían conceder ó no, porque quando no quisiesen darle este término, que le dexassen los capítulos y que los suscribiría. Yo respondí á Su Santidad que no esperase capítulos ni la respuesta, porque no estaba en el poder y voluntad del Príncipe ni de los otros capitanes dar más término de lo que se había dado, sino en la gente que contra el mandado de V. M. y contra lo capitulado por el Visorey y contra la voluntad de la buena memoria del Duque de Borbon y de todos los otros capitanes y ministros de V. M. en este ejército había venido fasta Roma y hecho todo lo que en ella había acaecido. Y así el Príncipe y Juan de Urbina con el parecer de las otras personas del Consejo de V. M. concluyeron que no se diese respuesta ni se hablase más en concierto, sino que se atendiese á lo de la guerra y asedio del dicho castillo, specialmente questo mesmo día habíamos habido aviso cierto cómo el Duque de Urbino, Marqués de Saluçio y de Guyardino, los Condes Guido Rangon y de Gayaço y Federico de Bozano con todo el campo de la Liga se juntaban desta parte de Viterbio, y que venían con determinacion de socorrer y salvar al Papa. Con este aviso se escribió luego al Consejo de Nápoles, á D. Hugo (de Moncada), Marqués del Gasto y Alarcon (1), que luego viesesen aquí la gente del ejército y los dichos Don Hugo, Marqués y

(1) El célebre capitán Don Hernando de Alarcon.

Alarcon, y nos enviasen victuallas y seis cañones para la expugnacion deste castillo. Juan de Urbina tomó el cargo de cerrar el castillo con la infantería española, pues no había otros gastadores ni aun real con que pagarlos; y así en tres dias y tres noches que continamente ha cabado la dicha infantería con algunos pocos gastadores que los coloneses nos han dado, ha hecho el dicho Juan de Urbina tales trincheas y reparos que el Papá y sus valedores podrán perder la esperanza de valerse como esperaban, y será forçado que si se determinan los enemigos de llegarse al castillo para recoger al Papa, que venga todo su campo; y que en llegando á las trincheas tope con todo este ejército y se haga la jornada á la qual están estos soldados de V. M. tan dispuestos y deliberados quanto jamás los ví, y speran tan cierta la victoria como la esperaban quando se combatió en Pavía. Plega á Dios Nuestro Señor que lo enderece todo como más conviene á su servicio y al de V. M.

»El consejo de Nápoles con la instancia que Don Hugo y Alarcon le han hecho, y tambien el secretario Seron que fué de aquí sobrello, ha proveido que la gente del ejército venga acá con Don Hugo, el Marqués del Gasto y Alarcon, á quienes esperamos aquí dentro de tres dias. Podrá ser que con su venida se piense á hazer más contra los enemigos que á defenderles las trincheas. El dicho Consejo ha ordenado que de Gaeta vengan quatro ó cinco mill túmulos de grano á Terraccina, y tambien venga el artillería para que de allí se pueda traer aquí con la ayuda y brazo de coloneses.

»El cardenal Ascanio y Vespasiano Colona vinieron aquí á los diez del presente y siempre han

estado y están atendiendo á hacer todo lo que pueden en el servicio de V. M. con entera fe y buena diligéncia; han tomado el cargo de guardar, con la gente que tienen y que van haciendo cada hora, la parte del castillo que responde sobre el puente de Santangelo y toda la ciudad de aquella parte del río y el Ponte Molle. La parte de Transtiberi guarda la banda de los italianos, que tienen Fabricio Maramaldo y Luis de Gonzaga. Todo el resto del ejército queda libre en el burgo de San Pedro y en las tríncheas á torno del castillo.

»El campo de la Liga llegó á los XXIII del presente á la Isola, ocho millas de aquí, y otro dia hicieron la reseña de la gente y pensamos que á los veinticinco viniera á ponerse aquí cerca; más fasta agora no ha venido ni creo que osará venir por no obligarse á la jornada. Los reparos y la venida de la gente del Reyno les será excusa para volverse atrás; padescé grandísima necesidad de vituallas, y á esta causa y porque temen de afrontar con nuestra gente, se han venido aquí muchos napolitanos; no trae artillería sino algunos esmerillos, que la pieza y las ruedas trae una acemila.

»Si Dios quisiere que la capitulacion que con el Papa se hacía venga en efecto, se pensaba de enviar el Papa y los Cardenales á Nápoles, y que este ejército con el Virrey ó Don Hugo, ó con quien mejor paresciesse, fuese á la vuelta de Florencia por sacar dineros para le acabar de pagar y que quedasen en Roma Don Hugo ó otro personage que, como lugarteniente de V. M., en su nombre tuviese á Roma y todas las otras cosas que el Papa daba fasta que V. M. mandase lo que se hubiese de hacer en esto y en la ida que el Papa

ha ofrecido en España á ponerse en los brazos de V. M. y á ofrecerle muchos dineros. Segun algunos quieren decir, en caso que la sede apostólica quede en Roma y sea restituido Su Santidad en ella, V. M. podrá proveer sobre todo esto lo que más convenga á su servicio y mandarlo avisar, porque por batalla ó de otra manera espero en Dios habremos la victoria y que Su Santidad y los Cardenales quedarán en el poder y voluntad de V. M., y tambien podrá mandar avisar V. M. lo que este ejército deba hazer despues de hecho lo de aquí.

»El Visorey ha estado en Sena fasta agora, que por haberse puesto el campo de los enemigos en medio del camino no ha podido venir aquí ni á Nápoles por mar ni por tierra. El Papa ha deseado mucho que viniese aquí, por poder platicar y capitular con él como con persona que tiene poder y autoridad de V. M. para ello. Yo dixé á Su Santidad que le hiciese haber salvoconducto del campo de la Liga y que luégo vernía; y así á los diez y ocho del presente despachó un su camarero, nombrado Saporito, con el qual fué un criado mio y llevaron quatro breves; los tres para el Duque de Urbino, Marqués de Salucio y Guzzardino, en que muy encargadamente les decía que luego á la hora diesen el salvoconducto para que el Visorey viniese seguramente y que viniendo por su campo lo honrasen y acompañasen fasta ponerlo en seguro, porque en ninguna persona tenía mayor esperanza para sus cosas que en él; y otro breve era para el dicho Visorey en que, con la razon arriba dicha, le rogaba y exortaba que luego viniese aquí: estámoslo esperando de hora en hora, porque pensamos quel campo de la Liga haya dado el salvoconducto.

(1) «El Príncipe de Orange en ninguna manera puede padecer que el Visorrey de Nápoles venga á Roma á tener el cargo deste ejército, y ha jurado que en viniendo se ha de ir del dicho ejército, porque no se honre debaxo de quien haya de estar Italia. Si lo hace con diseño de quedar con el cargo que tenía la buena memoria del Duque de Borbon, V. M. lo entenderá por un gentilhombre que se dice Tentevila, que envió á los XVIII del presente el dicho Príncipe con salvo conducto del Papa para que pasase seguramente al armada de mar. No sé si Andrea Doria (2), estando el Papa encerrado en el castillo habrá querido obedecer el dicho salvo conducto, porque el Príncipe no impidiese la ida de los que iban á llamar al dicho Visorrey. Juan de Urbina y yo no le dimos parte dello y por eso desde que lo supo, se quejó de mí grandemente, diciendo que no lo había de hacer sin darle parte dello. Yo me excusé con decirle la verdad de la causa y que á ninguna cosa destas me movía con pasion, sino sólo por hacer lo que debo y que veo que conviene al servicio de V. M. y conservacion deste ejército, del qual es capitán general el Duque de Ferrara, y en caso que él quiera andar con el dicho ejército no es razon de quitárselo, y quando á otro se hubiese de dar, no tiene V. M. qtra persona en Italia á quien más convenga darlo que al Visorey de Nápoles, porque tiene prudencia y experiencia, autoridad y crédito para proveer lo que es menester para la conservacion del ejército. El Príncipe es muy noble caballero y valeroso, mas es muy jóven y no tiene la experiencia ni

(1) Todo este párrafo está escrito en cifra.

(2) Servia en aquel tiempo al Papa.

á las veces la paciencia que sería menester. El Duque de Borbon, que Dios perdone, le dió cargo de todos los caballos ligeros y de la vanguardia de gente de armas, cosa que no se comprende, porque cada uno destes cargos requiere una persona muy principal y que se halle en él personalmente, especialmente en un dia de jornada, donde consiste y se aventura el todo. Yo he dicho lo que me parece y que parece á Juan de Urbina, y universalmente á todo el ejército; V. M. haga lo que viere que convienē más á su servicio.

»Entre tanto que vienen el Virey, D. Hugo, el Marqués del Gasto y Alarcon, y despues de tomada conclusion con el Papa y deputado la persona que en esta ciudad ha de quedar en nombre de Vuestra Magestad, el Príncipe ha nombrado, y así se ha deputado, monsieur de la Motta por gobernador, que provea en lo de la justicia y en algunas otras cosas que tocan al gobierno desta ciudad.

»Suplico á V. M. tenga por suyos los criados de la buena memoria del Duque de Borbon y les haga algunas mercedes y partidos con que puedan vivir, porque quedan tan pobres y perdidos que es compasion. El cuerpo del Duque creo que se llevará á Milan quando fuere el ejército, salvo si V. M. mandase otra cosa.

»El Sr. Fernando de Gonzaga vino á pié con la batalla de gente darmas el dia que aquí se entró, y hizo muy complidamente su deber. Vuestra Magestad le debe agradecer esto y todo lo demas que hace en su servicio, porque lo hace muy continua y cuerdamente.

»Llegan á tres mil hombres los muertos de parte de los enemigos, y entre ellos murieron un

pobre Obispo de Potencia, que era muy imperial, y Paulo de Rezo, camarero del Papa, que se halló cerca de donde se daba la batalla. El Cardenal de Sancti Quatro iba huyendo de palacio al Castillo, y cayó con su mula junto á la puerta del Castillo y pasaron sobre él todos los soldados, cortesanos y romanos, que á pié y á caballo iban huyendo de Roma; de manera que le metieron en el Castillo descablado y herido en diversas partes; y si tardaran en lo meter dos *Pater nostres*, lo mataban ó tomaban cinco banderas de españoles que en aquel tiempo pasaron el puente de Santángelo y entraron en Roma; y porque no llevaban todas ellas cincuenta hombres, se tornaron al burgo por el mesmo puente de Santángelo, que fué maravilla cómo el Castillo dexó hombre de ellos.

»De parte deste ejército de V. M. murieron, de más del Duque de Borbon, dos capitanes de infantería española y ménos de cincuenta hombres. Heridos han seydo' harto número, de los quales han muerto y mueren muchos. Juan de Urbina peleó como suele y fué herido de pica en la cara.

»A los XXIII del presente vino aviso de Sena cómo Florencia había echado fuera la parte de Médicis con alguna occision de gente, y que habían puéstose en su libertad á la devocion y servicio de V. M. La nueva se tiene por cierta, aunque no han venido letras á quien se haya de dar entera fe.

»Pues plugo á Dios llevar á su gloria al Duque de Borbon, recuerdo y suplico á V. M. que fasta que acá haya el modo, mande proveer de algunos dineros con que Antonio de Leyva pueda sostener la gente que tiene en Milan, y le enviar poder de gobernador, para que tenga autoridad

de prometer y asegurar la gente, y de hacer las otras cosas que cumplieren al servicio de V. M. en aquel ducado, pues ninguno lo merece ni sabrá hacerlo mejor que él.

«Tambien recuerdo y suplico á V. M. que no disponga del Estado de Milan, como lo tenía el Duque de Borbon (1), fasta que, plaziendo á nuestro Señor Dios, venga en Italia y vea quán importante pieza es *para ser señor de toda ella*, como lo va ordenando Dios; y para que esto venga más presto en efecto, el parecer de muchos servidores de V. M. sería que se concertase con el Rey de Francia, porque despues venecianos, aunque no quieran, estarán á la ley que V. M. les quisiere poner; y todo el resto de Italia hará lo mesmo. Enderégelo Dios como más conviene á su servicio y al de V. M., cuya muy Real persona y estado guarde y prospere con el acrecentamiento de victorias, reinos y señoríos que se desea. De Roma y de Mayo á XXVII de 1527.—Humill servidor y vasallo de V. M., que sus reales piés y manos besa—El Abad de Nájera.—(En el sobrescrito.)—A la Sacratíssima Cesárea y Cathólica Magestad, etc.»

Traslado de la carta que se escribió sobre el saco de Roma (2).

«El lunes, que fueron seis de Mayo de 1527, el felice ejército de la Mag. C. arribó á los muros

(1) Declarado rebelde Francisco Sforzia por haberse aliado con los enemigos de Carlos V, fué desposeido por éste del Estado de Milan, y nombrado poco ántes de estos sucesos, para reemplazarle, el Duque de Borbon.

(2) M. S. de la Biblioteca Nacional, señalado Cc-59. Letra de fines del siglo XVII. Un vol. folio, pergamino.

de Roma al alba del día, sin golpe de artillería, con tres ó cuatro escaleras que hallaron en las viñas, á escala vista y batalla de manos, estando en la defensa cinco mil soldados y más de treinta mil otros de todas naciones. Más por divina Providencia que por fuerzas humanas, los nuestros entraron por la banda del Burgo, que se ha de notar que el Burgo con Roma es como Triana con Sevilla. Siendo entrados los unos, los otros se pusieron en huida y siguieron el alcance hasta San Pedro y el Sacro Palacio, que es todo junto, y en rededor de los altares y capillas y por las Cámaras del aposento y por todas las otras partes del Burgo era tanta la multitud de los muertos, así hombres como animales, que apenas se podía pasar de una parte á otra.

»El Papa, con hasta trece Cardenales y doscientos soldados que quedaron vivos y otras personas amigas é de su familia, en cantidad de mil é doscientas personas, que no hombres, pues no lo son, se retrujeron al Castillo. Los nuestros, dejando algún recaudo en la guarda, toda la otra multitud estando las puertas proveidas de bestiones, artillería y otras defensas, sin haber resistencia que los detuviese, pasaron á la ciudad y en poco espacio fueron señores de todo con daño de los del Papa. Entre todos murieron hasta ocho mil hombres, y de los nuestros poco más de doscientos y la persona de monsieur de Borbon, Capitan General, que en verdad fué muy grande pérdida, valerosa persona y muy querido de todo el ejército.

»Luego que los nuestros fueron señores sin ninguna contradicción, comenzó el saco, sin reservar ningún género de persona, todas las iglesias y monasterios de frailes y monjas y San Pe-

dro con el aposento del Papa. En ninguna iglesia quedó caliz, ni patena, ni cosa de oro ni plata; las custodias con el Santísimo Sacramento y reliquias santas echaban por el suelo por llevar los guarnimientos; las vestimentas y otros ornamentos sin dejar ninguna cosa, todo robado sin ningún respeto; con tanto desacatamiento como si fueran turcos, por esto se puede considerar lo que se hizo en otras partes, cuando en los templos se hizo tal obra. No quedó ninguna casa de amigo ni de enemigo que no fuese saqueada y robada con tanta sceleracion como lo hicieran infieles.

»Ya que las casas fueron saqueadas, comenzaron á dar tras las personas; y como de buena guerra tomaron por prisioneros cuantos hallaron en muchas casas, así de Cardenales como de otras personas principales, que se compusieron con los soldados que á ellos vinieron por no ser saqueados, cual por veinte mil, cual por treinta mil y cual por cuarenta mil ducados, por más y menos. Si la conveniencia hicieron españoles, venían tudescos hallándose más pujantes y saqueaban las casas, y por el contrario los españoles lo que tenían asegurado los tudescos; y despues el que había hecho la iguala quiso sobre las personas la talla hecha y fuéles pagada en todos los géneros de gentes, así eclesiásticas como seculares. Fueron hechas enormes crueldades, porque se rescatasen y descubriesen si algo tenían escondido; á unos colgaban de los piés; á otros de las manos; á unos con agua, á otros con fuego; fueron enormes tormentos los que se dieron á personas delicadas, reverendas y de buenas costumbres. Los tiranos los trataron con tanta crueldad quitando las mujeres á sus maridos, los hijos de las madres, y tales hubo que yo conozco que pa-

garon la talla por sí y por su mujer y hijos y esclavos y criados; y era que lo que uno dejaba, otro venía y lo tomaba; y como cayeron en diversas manos, fueron diversos los rescates. Muchos frailes y abades fueron muertos, que ninguno escapó de los que en aquel ímpetu fué hallado. Otros muchos fueron vendidos y otros públicamente puestos en juego de dados. Al Obispo de Pötencia, viejo de ochenta años, venerable persona, que era pobre y no quiso prometer tanto rescate como le pedían, despechóse uno de sus amos y echóle la espada por el cuerpo y matóle. Al Cardenal de la Minerva trujeron por las calles en calças y jubon y un soldado puesto su capelo. A Copis, Obispo de Terrachina, de edad de noventa años, le tomaron treinta mil ducados, y no queriéndose rescatar lo sacaron á vender al mercado con una paja en la cabeza como á bestia. Otro obispo y otros muchos eclesiásticos y seculares fueron vendidos públicamente y apreciados y juzgados y pagado el precio en que fueron ganados, que por evitar proligidades no nombro. Muchas que yo conozco monjas, buenas religiosas, sacadas de sus monasterios, vendidas entre los soldados á uno, á dos ducados y más y ménos precio. De tal efecto ved, señores, qué puede resultar; y lo peor de todo es que dicen que faltan más de doscientas romanas, que por ser principales hace de ellas mencion la historia.

«No sé qué diga sino que no se crea que vinieron extrañas naciones á hacer estos males, españoles á españoles, tudescos á tudescos, italianos á italianos; sino por el contrario, sin tener respeto á naturaleza y prógimo, deudo ni amistad, todos los que entraron fueron enemigos.

»A la casa del Embajador de Portugal se acogieron mucha parte de los españoles que aquí habitaban, así eclesiásticos como seglares, con sus mujeres y familias, y también algunos romanos y romanas tenían hechas sus defensas, y llegado un escuadrón de españoles, como amigos les abrieron las puertas y luego comenzaron á saquear y tras ellos entraron tudescos. Los unos y los otros se dieron tan buen recaudo que en poco espacio escombraron toda la casa, que en verdad pienso que valía un millon lo que en ella estaba de oro y plata y joyas y cosas ricas, y además del robo llevaron presos á todos los que allí estaban; sólo el Embajador y el Secretario se quedaron en calzas y jubon; por manera que no quedó casa tan pobre ni tan rica donde no hubo lloro ni miseria.

»A lo que yo puedo juzgar y otros muchos, pasan de diez millones lo que vale el saco y poco ménos el daño que han hecho en las heredades y sementeras, que es gran cosa, los prados, el beastramen (*sic*) de todas suertes que es número infinito, y cada día salen á hácer correrías y á robar los campos y los caminantes, que es cosa admirable.

»Pero no quedan sin castigo; que la pestilencia y la hambre los acaban. Con el primer ímpetu destruyeron y consumieron las vituallas; despues valió una hanega de pan amaçado quince ducados, una gallina un ducado, un huevo un real y todas las otras cosas deste modo; por manera que de hambre y de peste murieron cuatrocientos, quinientos y seiscientos á día, y muchos soldados son muertos, especialmente tudescos.

»En los principios, pensando los nuestros que habían de salir á pelear con el campo de la Liga,

que llegó á cinco millas de aquí, las cosas valían muy baratas, la libra de la plata á 4 ó 5 ducados, perlas y piedras en joyeles, por falta de conocimiento del que lo tomó, daban por dos ducados lo que valía ciento; tapicerías y cosas de casa, bellós atavíos, por casi devalde. Ví vender doce paños de tapicería de oro riquísimos y una alhombra de seda bellísima, todo por cuatrocientos y cincuenta ducados.

»Después que el campo de los enemigos se retiró y los nuestros están de reposo, han venido mercaderes forasteros y ha subido algo el precio.

»El Papa estuvo sitiado desde 6 de Mayo hasta 8 de Junio, que vido que sus aliados se retrujeron; perdió esperanza de ser socorrido, y los nuestros hicieron venir artillería gruesa de Nápoles; no quiso esperar el combate, y rindióse con partido de pagar cuatrocientos mill ducados, porque el castillo no fuese saqueado y fuesen libres los que con él estaban. Su persona y los Cardenales quedan prisioneros del Emperador; están retirados en el castillo hasta que S. M. escriba. Tiénelo á cargo el Sr. Alarcon; ha dado pestilencia dentro; queríanlo llevar á Gaeta, y no osan por los soldados, que no lo consienten hasta ser pagados.

»Concluyo diciendo, que siendo Roma cabeza de la cristiandad, no se tañe campana, no se abre iglesia, no se dice misa, no hay domingo ni fiesta, no hay viernes ni sábados. Las ricas boticas de mercaderes son establos de caballos; los preciosos edificios han perdido su lustre; muchas casas quemadas y derrocadas; las puertas y finiestras de las otras rompidas y quitadas; las calles hechas muladares; la hedentina de los muertos cosa aborrecible; los animales y los hom-

bres han igual sepultura; los que amanecen muertos por las calles ponen grima, y tales he visto dentro la iglesia comidos de perros; en las plazas y lugares escombrados llenos de tablas, donde se juegan gran cantidad de ducados; é muchos por no perder tiempo echan los dados en el suelo. Los reniegos y blasfemias es cosa para que los buenos, si algunos hay, deseen ser sordos. No sé qué diga ni á qué lo compare, que, excepto la destruicion de Jerusalem, no creo que haya acontecido otra cosa igual á esta, y no á sin razon, que si viviera docientos años y no viera este dia, é ahora lo conozco é conozco su justicia, que aunque tarda no olvida.

»En Roma se usaban todos los géneros de pecados muy descubiertamente, é casi general en todos sodomía, idolatría, simonía, hipocresía, imposiciones sobre la república, así del tiempo pasado como puestas por este Pontífice. Cosa admirable, que tenía á panaderos é carniceros puesta gavela sobre las escobas, sobre las ollas; sobre los que de su sudor vivían, echando carga sobre los azacanes, sobre todos los géneros de cosas, que no podré explicar por menudo las nuevas invenciones de tiranizar; y hales tomado Dios la cuenta toda junta.

»Esta cosa podemos bien creer, que no es venida por acaecimiento, sino por divino juicio, que muchas señales ha habido; de las que me acuerdo haré mencion. El primer Jueves Santo despues de la eleccion deste Pontífice no hubo ninguna señal, porque aún su ánimo estaba quieto. El segundo Jueves Santo, estando en la gran capilla el Papa y Cardenales y multitud de perlados, estando diciendo el oficio, en presencia de todos, el velo del altar se quemó, sin quedar cosa

ni haber ningun fuego tan cerca donde se pudiese prender. El tercero Jueves Santo, dicho el oficio, puesta la custodia con Santísimo Sacramento en el altar de la capilla, en presencia de muchos, sin tocalle nadie, la custodia cayó en tierra y se hizo pedazos. El cuarto Jueves Santo, estando el Papa echando la bendicion en una barranta donde se suele poner, ante diez mil personas, un loco, desnudo en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas, se subió sobre un San Pablo de piedra que está en las gradas de la Iglesia é alzó los ojos al Papa é dijole: *Sodomita bastardo, por tus pecados será Roma destruida; confiésate y conviértete, y sino me quisieres creer, de hoy en quince días lo verás* (1): y así fué en aquel día la destruicion. Taviéronlo preso hasta que vino el ejército y lo sacaron. Este propio más de seis meses ántes andaba gritando por las calles: «Sodoma, confiésate, conviértete, sino presto serás destruida.» También el otro saco que se hizo en el Burgo, cuando entró Don Hugo el año pasado, fué amenaza el día que entraron los nuestros. Ahora hizo una neblina al entrar, que apenas se conocían los unos á los otros; que los que estaban al muro dicen que con la cegacion no los vieron entrar, solamente oían el tumulto. Después que fueron dentro, hizo tan clara día que vieron bien á seguir su victoria. Grandes cosas vemos en nuestros días, y aunque no sin daño y fastidio, huelgó de ser testigo de vista.»

(1) Estas palabras están subrayadas en la copia citada. De intento no he corregido en ella algunas faltas gramaticales y de sentido, que el lector advertirá.

Francisco de Salazar á..... (1).— Roma 18 Mayo de 1527.

«Sábado que se contaron cuatro del presente, el ejército cesáreo comenzó á parescer sobre Roma, despues de haber hecho muestra de ir sobre Florencia, y aquel dia algunos caballeros salieron de Roma á escaramuzar con ellos, y de algunos que venían delante desmandados trajeron presos ocho ó diez caballos ligeros, con que comenzaron á regocijarse mucho en Roma.

»El ejército, Señor, pasó tan adelante y de tal manera, que sin traer artillería para poder batir ningun muro, el lunes siguiente por la mañana, que fueron seis del presente, por lo más fuerte de Roma, entre Belveder y la puerta de Sant Pancracio, á escala vista, entraron una parte de los españoles, y casi podemos decir que en un punto hobieron ganado el Burgo; y pasando el Papa al castillo por el muro, ya tiraban sus arcabuces cuando pasaba, de tal manera, que casi por espacio de quanto se dijera tres credos ó poco más dejaron de tomarle en palacio; y en espacio de una hora mataron tanto número de gente en el Burgo, que no dejaron á vida un solo hombre de los enemigos, si no fueron los que se pudieron recoger de presto en el castillo. Dicen que los muertos de los del Papa pasan de seis mill, y algunos dicen de ocho mill, y del ejército cesáreo dicen que murieron hasta cien hombres, poco más ó ménos, y éstos casi todos murieron del ar-

(1) No se sabe á quién está dirigida: es de creer lo esté á alguno de los ministros del Emperador. La carta comienza: «Muy illustre señor».—Archivo de Simancas.—Estado.—Leg. 847, fólíos 180 y 181.

tillería. Pareció una cosa de miraglo, aunque, segun las crueldades que despues se han hecho, contradicen algo al mérito de los soldados para que Dios mostráse el dicho miraglo sobrellos. Pero como son secretos de Dios, y los pecados deste pueblo han seido tan grandes y tan excesivos, él sabe la causa porque les ha inviado tanta persecucion, de la cual todos habemos habido nuestra parte, pues que á ninguna persona de ninguna nacion, ni condicion, ni cualidad, ni estado se ha tenido respeto.

»El dicho lunes, Señor, ántes que entrasen, viendo Mr. de Borbon el poco caso que el Papa y el pópulo romano hacían de su venida, invió un trompeta para que inviasen alguna persona ó personas con quien platicase su entrada, por escusar que Roma no fuese saqueada, y el señor Renzo de Cheri Ursino, á quien el Papa y el pópulo habían hecho capitan general, en persona de todos despidió al dicho trompeta con palabras descomedidas, de cuya causa Borbon se indignó para dar más furia en su entrada, y de tal manera, que por animar su gente se puso en los delanteros, donde en los primeros fué muerto de un tiro de arcabuz; lo cual se cree que ha seido causa de las tres partes de los males y crueldades que se han hecho; porque aunque se diera á saco Roma, durara un dia, y no nueve ó diez como ha durado, saqueando y matando siempre, y atormentando las gentes para que descubriesen el dinero y ropa.

»Después, Señor, de entrados en el Burgo y haber muerto toda la gente que en él estaba, el Príncipe de Oránge y los demas capitanes, por escusar tambien el sacco de Roma, tornaron á inviar otro trompeta y un gentilhombre á reque-

rirles que les diesen plática con que se tomase algún medio con que la gente fuese pagada y se alojasen lo mejor que ser pudiese; y de la misma manera el dicho Señor Renzo de Cheri, capitán general, les respondió deshonestamente que fuesen y no tornasen, si no que los ahorcarían. Y aunque el pópulo romano, viendo y conociendo su perdición, quisiera enviar sus embajadores á Mr. de Borbon, nunca el Papa lo quiso consentir ni su capitán general, de donde visto el ejército cesáreo que no se admitían sus cumplimientos, entraron en Roma de tal manera, que ha durado el sacco nueve ó diez días, con grandísimas crueldades. Y son tantas, Señor, que no bastaría papel ni tinta para poderlas escribir, ni saber, ni memoria; porque el que quedá con la vida de los que aquí nos hallamos, así españoles como alemanes y italianos, se tiene por bienaventurado. Y si dos casas han librado bien en Roma, es una la mia y del secretario Pérez, que, como á V. S. hebo escrito, le rescibí en mi casa, quando el Duque de Sesa se hubo salido de Roma. Hemos pagado de talla dos mill y cuatrocientos ducados, y con quedar con las vidas y con no habernos atormentado como á otros muchos, ni habernos hecho mal tratamiento, hemos dado y damos infinitas gracias á Nuestro Señor y pensamos que nos ha hecho grandísimo bien en escaparnos con la dicha talla, la cual nos ayudan á pagar algunas personas que se habían acogido á nuestra casa. Y sobre mis necesidades, Señor, me ha venido esta adversidad, que por lo ménos me cabrá cerca de seiscientos ducados, que los andamos todos á buscar á cambio; por donde mientras viviré no podré acabar de pagarlos con los demas que debo. Y por todo doy infinitas

gracias á Nuestro Señor, pues me ha dejado con la vida, la cual en ocho ó nueve dias nunca pasó punto que yo y todos los demas no pensásemos de perderla, etc.

»Los cardenales que estaban en Roma, Señor, despues de haberles tallado una vez sus casas y sus personas por una parte, han seido saqueados y presos, y traídos á pié y aviltadamente por las calles, solos, entre los soldados, y descabellados, que no se puede imaginar cosa de tanto dolor en este mundo. Y ansí certifico y juro á V. S. que yo pensé ser muerto de ver llevar á la bendita persona del Cardenal de Sena, entre ocho ó diez lanzcaneques, á pié, preso en cuerpo y sin cinta, con una ropilla corta, despues de no haberle dejado á él ni á los más de los otros cardenales en sus casas valor de un ducado de que se puedan aprovechar. Y como en sus casas y en las otras principales estaba recogida mucha gente, y mucha ropa, y muchas joyas y dinero, estas casas, Señor, han corrido más riesgo y peligro; y ansí, Señor, es un tesoro innumerable lo que han saqueado y habido los soldados, porque demás de tomar toda la ropa y joyas y dineros, han tallado todas las personas, así hombres como mujeres y niños, y atormentado á los más y matado otros muchos con crueldades inauditas.

»El Embajador de Portugal, Señor, estaba en una casa la más fuerte de Roma, y ansí por esto como por ser la persona que es, se recogió tanta gente y dinero y joyas y ropa en su casa, que lo estiman con los rescates de las personas, en más de un millon de oro; y todo fué saqueado y la gente presa, de tal manera, que al dicho Embajador no le quedó sayo ni camisa que se vestir, sino en calzas y en jubon, ni otra cosa deste

mundo á él ni á persona de cuantas estaban en su casa, que ni se ha tenido respeto á español, ni á imperial, ni á persona de este mundo, y así no se espera que habrá más Roma para tornar en su ser de aquí á quinientos años. Los alaridos de las mugeres y niños presos, Señor, por las calles era para romper el cielo de dolor; los muertos en muchas partes tantos, que no se podía caminar, de lo cual segund han estado muchos dias y están sin sepultarse, y de los muchos caballos muertos, hay tan mal olor, que se tiene por cierto el crecimiento de la peste, si Dios no lo remedia, para que no se acabe todo.

»No ha quedado, Señor, iglesia ni monasterio de frailes ni de monjas que no haya sido saqueado, y muchos clérigos, frailes y monjas atormentados porque descubriesen el dinero y ropa que estuviese recogido en sus casas, y por las calles dando alaridos las monjas, llevándolas presas y maltratadas, que bastaba para quebrantar corazones de hierro.

»La iglesia de Sanct Pedro toda saqueada, y la plata donde estaban las reliquias santas tomada, y las reliquias por el suelo, sin poderse coger, y en esta iglesia de San Pedro muchos hombres muertos, y dentro de la misma capilla, junto al altar de Sanct Pedro, todo corriendo sangre, y muchos caballos muertos tambien dentro della.

»El palacio todo saqueado y quemado por algunas partes, y las estancias preciosas están agora todas hechas estalas de los caballos muertos, por la mucha gente que está aposentada en él.

»En Roma, Señor, son muchas las casas quemadas de gentes que se habían huido, y en las

iglesias, despues de robadas y saqueadas, y tomadas las custodias, no se halla el Sacramento, y otras infinitas crueldades, que, como he dicho, Señor, no bastaría tiempo, ni juicio, ni papel, ni tinta para escribirse. Ni crea V. S. que no se puede imaginar, sino que parece una cosa de sueño y no verdadera; y con los tormentos han descubierto los dineros y joyas y ropa que estaba escondido en los campos, y han abierto los depósitos de las sepolturas para buscarlos, de donde no hay hombre que pueda entrar en la iglesia ni andar por Roma del grandísimo hedor de los muertos. Misa ni se dice ni la hemos oído, ni campana ni relox, despues que entraron en Roma, ni hay hombre que se acuerde dello segund estamos turbados y espantados de ver tan grandísima persecucion.

»Las tallas, Señor, de las personas son tan grandes, demás de las riquezas del saco, que no se halla manera para poderse sacar, y estimase á no nada que les valdrá el saco y rescates de las tallas más de quince millones de oro, y muchos dicen que pasarán de veinte millones, porque la casa del Embajador de Portugal se estima en un millon, y cada una de las de los cardenales de Vala, y Sena, y Cesarino, y Tortosa, y Jacobatilis, y de la Marquesana de Mántua en más de ciento y cincuenta mil, y hay muchas casas de á treinta, y á veinte, y á diez mil, y otras infinitas que ninguna baja de dos mil, y todas las del pueblo y oficiales, que es un mundo, de á mil ducados, que no se puede numerar.

»Con el Papa están, Señor, en el castillo muchos cardenales, y algunos dellos heridos y maltratados, la ropa de los cuales y de muchos mercaderes y cortesanos, con sus personas, están

dentro; y se platica y ha estado muy cerca de concertarse; dicen que se acabaría, sino fuese por los lanzqueneques, que quieren luego ser pagados de siete ó ocho pagas que les deben, ó que les den el castillo á saco; y en este concierto, Señor, andan que les dan dos pagas y otra dentro de diez dias; y lo restante dentro de un mes; en que dicen que por todo vernían á ser lo que el Papa ofrece, y le piden quinientos mil ducados y su persona con los cardenales á discrecion del Emperador, y que entreguen luego el castillo con todos los demas importantes de la tierra de la Iglesia; y con todo se hacen las trincheas á furia para darle la batería, y se tiene mucha guardia para que nadie pueda salir ni entrar. Dicen que dentro del castillo hay más de tres mil personas, y las más dellas inútiles, porque no son para pelear; de donde se infiere que en ninguna manera se podrá tener muchos dias.

»El Papa, Señor, sostuvo este pópulo romano diciendo que tras el campo cesáreo venía el de la Liga en su favor, y que tenía la victoria en la mano, y todo se pasa en aire hasta ahora, aunque dicen que hay gente cerca de Roma del campo de la Liga; pero créese que como supiesen que Roma era entrada, se retirarían cada uno á procurar de guardar sus tierras.

»Los Cardenales de Sena, y de la Minerva y de Araceli, Señor, fueron llevados presos fuera de sus casas, aviltadamente de ser saqueadas sus casas, sin les quedar una camisa, y los demas huyeron á casa del Cardenal de Coluna, que vino cinco ó seis dias despues que el ejército entró en Roma, y con él los Señores Ascanio y Vespasiano Colona; y si los dichos señores coloneses llegaran ántes que Roma se entrara, para que con sus es-

paldas el pueblo pudiera enviar á Borbon, se hubiera escusado el saco y las crueldades que se han hecho, á los cuales el Consejo de Nápoles nunca quiso dar licencia para ello, á causa de la tregua que el Visorrey había hecho con el Papa, la cual principalmente se cree que ha sido causa de todo este mal, por no se haber dado ántes parte della á Borbon.

»Del Visorrey, Señor, no se sabe, aunque se cree que está en Sena, y segund la gente le tiene poca devocion, de mala gana le recibirían, segund dicen, por su capitán general, aunque hay grandísima necesidad, porque no habiendo cabeza principal y seyendo la gente tan indómita, y especialmente los lanzquenegues, no hay quien los pueda sojuzgar.

»Aquí se espera, Señor, el señor D. Ugo de Moncada, que está en Nápoles; plega á Dios se consiga algund buen efecto, pues que ha permitido tanta persecución; y aunque podemos decir que del todo han hecho absoluto señor de Italia al Emperador, como todos lo deseaban, á todos nos pesa que se haya hecho con tan grandísima crueldad, pudiéndose hacer de otra manera con la grandeza de su potencia.

»Todos los cortesanos españoles, Señor, desean y procuran salirse de Roma para Nápoles, y lo pornán por obra asegurándose un poco el camino, porque no se podrá ir si van ménos de cient caballos, segund el daño que los villanos hacen por los caminos; y no creo, Señor, quedará ya ninguno en Roma sino que se irán todos á España, porque ni habrá negocios, ni Roma será Roma en nuestros tiempos ni en doscientos años, segund quedará destruida. Yo, Señor, así mismo me partiré en viendo disposicion para ello la vía

de Nápoles con todos los otros, y hobiendo pasage seguro seguiré mi camino, pues que acá no habrá ya más que hacer; y si Johannes de Averasturi quedare por algunos dias, le dejaré la memoria y escritura que me paresciere, aunque todo será de poco momento, porque los registros de los notarios y los de la Cámara apostólica de las bullas y suplicaciones ó la mayor parte, todo está destruido y quemado, que es una cosa espantosa de verlo. Y todos, Señor, esperamos á ver lo que se hace del castillo para saber mejor determinarnos en lo que debemos hacer, porque si el castillo se dá, se cree que llevarán al Papa á Nápoles ó á España. Dios lo encamine todo como más sea servido.

»Tambien hago saber á V. S. cómo viernes en la tarde, que se contaron tres dias del presente, el Papa hizo tres cardenales, de los cuales hobo, segund se certifica, docientos mil ducados para ayudarse á resistir este ejército imperial, y al fin todo le ha aprovechado poco. Los dichos cardenales son el arzobispo de Cremona, sobrino del cardenal de Ancona, y el obispo de Perosa, sobrino del cardenal San George, muerto, y un florentin que le llaman el obispo Gadi. Y pues que tan arrebatadamente se hicieron, de creer es que había harta necesidad para ello.

»Despues, Señor, de escrito lo de arriba, el Papa se ha concertado desta manera: que su persona con los cardenales que con él están dentro del castillo se rinden al Emperador y se irán luego á Nápoles ó á Gaeta, porque en Nápoles mueren muchos, donde estarán hasta que S. M. escriba lo que se haga; y todas las otras personas que en el castillo estaban, quedan libres para hacer de sí lo que quisieren y ansí mes-

mo los cardenales que estaban fuera del castillo.

»El Papa, Señor, da cuatrocientos mil ducados para pagar el ejército desta manera: los cien mil ducados luego y cincuenta mil dentro de doce ó diez y seis dias, y lo restante á ciertos términos, y con esto queda libre la ropa y joyas y dinero que estaba en el castillo.

»Así mesmo, Señor, entrega luego á Civitá vieja y á Ostia y á Porto, que son puertos de mar, y á Parma y Plasencia y Módena, y restituye al Cardenal de Colona y á todos los coloneses en todo aquello de que les había privado. Esto, Señor, es lo sustancial de los capítulos, segun lo he podido entender.

»Hase puesto, Señor, ya por gobernador de Roma Mr. de la Mota, lugarteniente que era de monsieur de Borbon, y se entiende en proveer de todos los oficios demás que convienen para la gobernacion de Roma.

»Dicen, Señor, así mesmo que efectuado lo sobredicho el ejército dará la vuelta sobre Florencia, y si así fuere, creyendo que dejarán llano el camino por donde fueren, podrá ser que yo me vaya la vía de Génova con muchos cortesanos que se partirán como vieren dispusicion para ello.»

Carta de Francisco de Salazar á.....—Roma, 19 Mayo de 1527 (1).

«Por los últimos capítulos de mi letra que va de dacta de diez y ocho del presente, verá V. S. el concierto que se había tomadó con el Papa,

(1) Archivo de Simancas. Estado.—Leg. 847, folios 180 y 181.

los capítulos de lo cual estaban hechos y asentados, todo como en ella se contiene; y teniendo el Papa la péñola en la mano para firmarlos, le llegó una espía avisándole cómo el ejército de la liga estaba cuarenta millas de Roma, y que dentro de tres ó cuatro dias sería socorrido; y así porque le parecía muy pujante como porque pensaron que el ejército cesáreo se deshiciera en parte con estar sin capitán general y con verse los soldados ricos, según lo que han habido del saco, Su Santidad acordó de no firmarlos y pidió de nuevo que si dentro de seis dias fuese socorrido, no fuese obligado á cumplir nada de lo contenido en los dichos capítulos; lo cual fué causa de indinar tanto el dicho ejército cesáreo, que al Arzobispo de Capua que había tratado la capitulación por parte de S. S. ni le dieron respuesta ni le dejaron más volver al castillo; y si no le tuviesen por tan servidor del Emperador, como le tienen y como en la verdad lo es, sin faltar á lo que debe al servicio de su Señor, le trataran mal, pensando que cautelosamente para diferir la cosa los habían entretenido con la plática de los dichos capítulos. Y así por esto, Señor, como porque el Papa dió breves de salvo conducto al Abad de Nágera, que entraba y salía á tratar los dichos capítulos para que el Visorrey de Nápoles pudiese venir de Sena seguro del ejército de la liga, para lo cual también envió un camarero suyo con otro caballo lijero que el dicho Abad invió en su compañía, se indinaron algo con el dicho Abad los del ejército cesáreo y especialmente el Príncipe de Orange, que con mucha cólera le dijo que si por él no fuera, ya el castillo fuera tomado en doce dias que habían estado en Roma. Y al fin, Señor, esto se apaciguó luego, y

á mucha furia comenzaron á hacer sus trincheas y reparos en torno del castillo, así para esperar en el campo á los enemigos como para combatir el dicho castillo como fuese llegada el artillería que esperaban de Paliano, un lugar de colonesses donde la había muy buena.

»El campo de la liga, Señor, vino á asentarse en la insola, que son ocho millas de Roma, de donde sus caballos, que es lo mejor que ellos traen, comenzaron á correr y escaramuzar los más dias con los nuestros, y en fin siempre han llevado lo peor, porque cada dia les han traido muchos prisioneros; y aunque tambien han tomado algunos desmandados, han seido muy pocos hasta hoy, que somos á diez y nueve de Mayo, cuando comienzo á escribir esta letra.

»El campo de la liga, Señor, dicen que trae cerca de treinta mil hombres por todo, y en la verdad y á lo cierto se cree que son algo más de veinte y cinco mill, de los cuales se han pasado á nuestro campo hasta agora cerca de mill arcabuceros y una compañía de caballos, y se pasarían más, segun dicen, si los quisiesen rescibir, de lo cual dudan algo por no se fiar de meter en su campo tanta gente sospechosa; y los que se han pasado, Señor, son los más foragidos de Nápoles, de mucho tiempo, por delitos y bandos, y con perdonarlos de parte de S. M. se han pasado. Y así, por esto, Señor, como por la mucha hambre que padescen, se cree que si los aceptasen se pasarían muchos más.

»En el dicho campo de la liga, Señor, como he dicho, padecen mucha hambre, y en Roma tanta carestía, que si no se viese no se podría creer; tanto que certifico y juro á V. S., que de pan cocido pasa de treinta ducados de oro el

rujo de trigo, y que en esto me detengo cerca de diez ducados porque nos han jurado que llega á cerca de cuarenta ducados; y si la yerba y los trigos verdes y alcaceres no hubieran socorrido, la cebada valdría poco ménos, y segun han apocado las gallinas y no se hallan para los enfermos, yo soy testigo de no querer dar de ordinario en estos dias una gallina por un ducado y de ver dar por una diez y ocho julios, que son cerca de dos ducados, y de ver dar seis julios por un par de huevos, y de ordinario un carlin y un julio por cada huevo. Y el saco, á lo ménos en las vituallas, siempre dura y áun en la ropa, especialmente por parte de los lanzqueneques, que son gente poco allegada á razon. Y no crea V. S. que se puede decir ni creer las crueldades que se han hecho y se hacen de cada dia, si no se viese, y los que son muertos y los que quedan atormentados y maltratados, demás de quedar todos pobres sin ropa y sin dineros y empeñados para adelante por las tallas; que no ha bastado tomar los dineros y la ropa sino prendernos á todos para rescatarnos despues y sacar á vender á las plazas á muchos hombres honrados, entre los cuales ha sido uno el obispo de Tarrachina, ques un todesco abreviador y clérigo de cámara muy rico, que estaba para ser cardenal. Y cuando no había quien los comprase ó rescatase, los jugaban á los dados, así á españoles como tudescos y italianos, sin eceptar ninguna nacion ni calidad de persona.

»Ayer tarde, Señor, que fueron 28 de Mayo, llegó aquí el Visorrey de Nápoles que venía de Sena, casi solo, y se pasó de largo sin hablar ni ver al Príncipe de Orange ni á persona del ejército sino á los que topó por las calles, que no

pudo ménos hacer. Y en Transtiveri, en la posada del teniente de su capitanía se apeó para remudar caballos solamente y salió de Rôma camino de Nápoles, donde á una milla encontró que venían los señores Don Hugo de Moncada y el Marqués del Gasto y Alarcon y otros señores y barones del reino, los cuales le hicieron volver á Roma, donde agora están todos con el ejército.

»El ejército cesáreo, Señor, como supo que los enemigos se acercaban, salió todo en campaña con tanto ánimo y voluntad á esperarlos que hasta agora, sabido esto, no se han osado acostar á él ni se cree que ternán ánimo para ello; porque en la verdad está tan poderoso y tan animoso, que segun á todos nos parece basta para conquistar todo el mundo, aunque segun los soldados amaban á Mr. de Borbon por ser tan valerosa persona, les parece que han perdido mucho y que no les podrán dar otro capitán general que tanto les satisfaga, porque con su ánimo y con su favor emprendieron de venir á Roma con tanto trabajo y padesciendo tanta hambre, sin traer una sola pieza de artillería, que por darse más prisa aún la ligera que traían de campo hubieron dejado en Sena. Y así, Señor, podemos decir que á capa y espada entraron á Roma, y la han sojuzgado y sojuzgarán y tomarán todo lo demas.

»Despues de lo sobredicho, Señor, último de Mayo fué herido en la cara, de un arcabuz, el Príncipe de Orange andando á visitar las trincheas y minas y reparos que se hacían en torno del castillo; y aunque no se sabe lo cierto, se tiene esperanza que la herida no será peligrosa, porque pasó algo á soslayo y salió la pelota por detrás de la oreja, de lo cual ha pesado mucho á

todo el ejército, porque todos los soldados le aman mucho. El ejército de los enemigos, Señor, sin pasar de la ínsola, lunes á dos del presente, comenzaron á retirarse la vía de Vitervio; y aunque no se sabe del todo su determinacion, se cree que se volverán á procurar de guardar sus tierras, así por no ser potentes para osar afrentar nuestro ejército, como porque saben y han visto que segun lo que cada dia se engrosa, no basta todo el mundo para hacerles rostro, porque demás de ocho mil infantes que les han venido de Nápoles con mucha gente darmas y caballos ligeros, es cosa de maravilla la gente española y tudesca y italiana que se les han juntado despues que entraron en Roma, que á lo cierto, Señor, se cree que pasan de cincuenta mil hombres de guerra los que agora se hallan en este ejército. Y como el Papa, Señor, ha visto el poco socorro y remedio que le ha dado el campo de su liga, primero dia del presente escribió una letra á estos Señores capitanes, rogándoles que hubiesen por bien de enviarle una persona con quien hablase, ó que holgasen de oír lo que de su parte les invaria, porque se pudiese tomar algun medio en esta tribulacion. Sobre lo cual los dichos Señores capitanes, despues de tenido su consejo, respondieron que ellos no querían enviarla, pero que habrían por bien de oír á quien Su Santidad les enviase; y así les envió luego al Maestro de Casa suyo, que es un obispo, con el cual les envió á decir y á rogar que hubiesen por bueno de efectuar lo que ántes se había capitulado, que pues él no era socorrido, sería contento de estar por ello y firmar los capítulos. Y despues, Señor, de muy altercado sobre ello, porque los soldados están muy indignados, así

por no haber querido S. S. firmar los dichos capítulos estando todo concertado, como por haber herido al Príncipe de Orange, la mayor parte fué de parecer que todavía se efectuasen los dichos capítulos y que se procurase con los soldados españoles y lanzqueneques, por parte de los capitanes, que lo hubiesen por bueno; porque sin darles, Señor, primero parte de todo, no han osado ni osarán efectuarlos. Y ansí, Señor, despues de consultado con todos, los lazqueneques quisieron que dos capitanes de los de su Nacion, elegidos por ellos, entendiesen tambien juntamente con otros electos por los españoles en los capítulos; y lo que han añadido á los primeros, es que les den ocho ó nueve personas de hostages para seguridad de los doscientos cincuenta mil ducados, que segun dicen ha de dar el Papa dentro de dos meses para cumplimiento de los cuatrocientos mil ducados, entre los cuales, Señor, es el uno el Datarío y Renzo Cheri y Alberto del Carpio y otras personas señaladas. Y como á lo ménos estos tres han sido los principales ministros que han conducido las cosas en el estado en que están, créese, si no fuese á más no poder, se darán con mucha dificultad.

»A los..... (1) dias del presente, Señor, al secretario Perez y á mí nos saquearon cuatro botas que teníamos de vino en la cantina, y para ello nos entraron por otra casa y nos rompieron el muro y á vueltas dello algunas cosillas, despues de haber pagado dos mill y quinientos ducados de talla. Y segun la hambre que se padesce, con achaque de saquear las vitnallas siempre dura al saco, que á vueltas dellas toman la ropa que

(1) Falta la fecha del dia.

hallan; porque, como faltó el capitán general, á ninguna persona del ejército se tiene respeto ni obediencia, y cada punto estamos con temor que nos han de saquear el pan y á vueltas dello la poca ropa que nos ha quedado, para que nos acaben de matar de hambre; que no se puede, Señor, imaginar lo que padecemos y las crueldades que se hacen cada hora.

»Así mesmo, Señor, el día que se comenzó á retirar el ejército de la liga, se pasaron á nuestro ejército el Conde de la Anguilara y el Conde San Segundo y un barón tal Vitelo, que son como vasallos de la Iglesia, con cerca de trescientos caballos y trescientos arcabuceros.

»A seis del presente, Señor, se firmaron los capítulos de la manera que estaba ántes concertado, como á V. S. lo escribo, y dánse por hostages de los doscientos y cincuenta mill ducados que quedan sobre los ciento y cincuenta mill que se han de dar luego, al Datario y á Jacobo Salviati y al obispo de Pistoia, sobrino de Sancti-quatro, y á otros tres obispos ricos, y otro mercader rico florentin, que son por todos siete personas, y dejan libres las personas y ropa de Renzo de Cheri y de Alberto del Carpio y de todos los demas que estaban dentro del castillo, excepto los cardenales, que juntamente con el Papa, aquí ó en Gaeta, los ternán á disposicion del Emperador. Y tambien, Señor, todo el ejército quiso que el Visorey prometiese de no sacar el Papa de Gaeta, aunque el Emperador lo mandase, sin que primero fuesen pagados, así de los dichos doscientos y cincuenta mill ducados, como de todo lo demas que se les debe, si aquellos no bastasen para ello.

»Despues, Señor, de firmados los capítulos y

concertado todo, que ya entraban y salían en el castillo, el dicho día, que fueron seis del presente, en la noche, alguna parte de los españoles comenzaron de alterarse, diciendo que les engañaba el Visorey y que querían ser pagados luego, y que el Papa se diese en poder del Príncipe de Orange y de Juan de Urbina, pues ellos habían ganado á Roma, y no en poder del Visorey ni del Marqués del Guasto, ni de otra persona. De cuya causa, Señor, el Visorey y el dicho Señor Marqués del Guasto á dos horas de noche se salieron de Roma la vía de Nápoles lo más secreto que pudieron, que no osaron esperar más.

»Todo este ejército, Señor, está muy mal con el Visorey y tambien con el dicho Marqués del Guasto, el cual era coronel de toda la infantería, y porque se vino desde Lombardía por obedescer el mandamiento del Visorey, cuando tuvo hecho el concierto con el Papa, se indignaron mucho contra él, como así mesmo lo están muy indignados contra los del Consejo de Nápoles, porque no quisieron dar licencia á la gente que había en el reino ni á estos señores coloneses, para que viniesen con su artillería á darles socorro y más esfuerzo para su entrada de Roma; que, en la verdad, si vinieran se escusaran el saco y las crueldades que se han hecho, porque si coloneses llegaran á tiempo para que el pópulo romano tuviera espaldas y personas de quien hicieran cabeza, desobedecieran al Papa para tomar algun buen concierto con el Duque de Borbón, lo cual no osaron hacer por verse, como se veían, tan oprimidos del Papa y de la parte Ursina, lo cual ha sido causa de toda la ruina de Roma, como lo pudiera ser de todo el estado del Emperador, si por desgracia, como han habido esta victoria, la

perdieran. Porque aunque les pareciera que Borbon excedía en pasar adelante y en no estar por lo que el Visorey había capitulado con el Papa, pues ya el ejército venía determinado, y siendo desbaratado se había de perder el reino y aventurarse mucha parte del estado del Emperador, y en huzia (*sic*) suya por llegar más presto venían sin artillería, no debieran dejar de acudir con enviar la gente y dar licencia á estos señores coloneses; que si ansí fuera, sin morir un hombre se tomara Roma y sin ponerla á saco, y se hubiera la victoria con mucha gloria y sin escrúpulo de la infamia, que parece que nos quedará perpétua, pues que ni se ha tenido respeto al Sacramento, ni á las reliquias, ni á las imágenes, que todo ha ido por tierra: de manera, Señor, que un mal consejo causa muchos males; y crea V. S. que es una cosa de burla el consejo de Nápoles y que no ejercitan la justicia, sino en robar el reino, que por ser tan público lo escribo ansí.

»Despues, Señor, de lo sobredicho, á siete del presente salió toda la gente de guerra del Papa que estaba en el castillo, y entró Alarcon, para tener la guarda del Papa, y dos capitanías de infantería, la una de españoles y la otra de lanzqueneques. El capitan de los españoles es Don Felipe Cerbellon, el cual se dice que quedará para adelante en el castillo, porque ya el Duque de Borbon, ántes que viniesen á Roma, le tuvo hecha la merced.

»La gente de guerra que estaba en el castillo, Señor, serían hasta trescientos hombres, los cuales salieron con todas sus armas y con su bandera cogida, y los acompañaron dos banderas de infantería de los españoles hasta sacarlos dos millas de Roma.

»Este dicho dia, Señor, así mesmo enviaron á entregar á Civita vieja y á Ostia. La tenencia de Civita vieja dicen que se da á Don Alonso de Córdoba, y la de Ostia á otro capitán español; y como será pagada la gente, se cree, Señor, que llevarán al Papa y cardenales á Gaeta, según se dice; y si no se dan, Señor, mucha prisa á despedir de Roma el ejército, perecerá de hambre infinita gente; porque, sin dudar, agora mueren de pura hambre muchos pobres, que demas de no se hallar el pan, lo que se halla, siendo negro como la pez, juran que sale á más de sesenta ducados de oro el rujo; y la peste así mismo, Señor, lavora siempre mucho, sino que con la turbacion de la guerra no se hace caso della. Dios lo remedie todo por quien él es; que los que de aquí escaparemos vivos bien levaremos qué contar, pues que de un año á esta parte hemos siempre vivido con mill zozobras y turbaciones.

»Agora, Señor, se da prisa en batirse moneda de oro y plata para pagar la gente, porque pueda salir de Roma, que si así no se hace, será para morir todos de hambre y de peste. Y siempre, Señor, se cree que seguirán la vía de Florencia ó del ducado de Urbino, al cual el Señor de Ascanio Coluna pretende derecho, y así dicen que el Emperador le tiene ya hecha la merced dél en recompensa de lo que ha perdido. Y según la potencia, Señor, deste ejército, no se cree que habrá resistencia en ninguna parte, ni del ejército de los enemigos tenemos nueva, después que se comenzaron á retirar, de donde se cree que la mayor parte de su gente se deben haber recogido á sus tierras á buscar de comer.

»Los cardenales, Señor, quedan tan destruidos que todos despiden su gente, y se quedan sola-

mentè con los que no pueden escusar, porque no tienen qué darles de comer.

»Lunes de pascua, que se contaron diez del presente, Señor, fuí al castillo por ver al Datarío viejo y al nuevo, que tambien me conoce, y me mostraban buena voluntad, los cuales besan las manos de V. S. muchas veces. Recibiéronme, Señor, muy bien, y por medio suyo hube una parte de los beneficios que vacaron en Sigüenza por muerte del doctor Juan Fernández, que en gloria sea, que no fué poco segun los demandadores hubo para ellos; y si V. S. me hace merced de mandarme poner en la posesion de todos con su provision ordinaria, será parte con dar yo alguna cosa para quedar con todos ellos ó con la mayor parte.

»Hube tanta compasion, Señor, de ver al Papa y Cardenales con todos los demas que estaban en el castillo, que no fué en mi mano poder detener las lágrimas, porque aunque, *en la verdad, con su mal consejo se lo han buscado y traído con sus manos*, es gran dolor de ver esta cabeza de la Iglesia universal tan abatida y destruida. Y si dello se ha de conseguir algun buen efecto, como se debe esperar, en la reformation de la Iglesia, todo se terná por bueno; lo cual principalmente está en manos del Emperador y de los perlados de esos reinos. Y así plega á Dios que para ello les alumbre los entendimientos, de manera que pospuesto todo interese y pasiones particulares, solamente atiendan á lo sobredicho, pues tanto conviene.»

Perez al Emperador.—Roma, 18 de Mayo, 1527 (1).

«A los 26, 29 y 30 de Abril y 2 de Mayo escribí últimamente á V. M. con Bernaldino de Albornoz, y con el General; y despues á los 4 y 5 y 6 deste acabó de llegar aquí el ejército de Vuestra Magestad, y hizo el efecto que por cartas del Abad de Nágera y del Regente Gattinara y de otros, habrá V. M. sabido: que es señorearse de Roma y del burgo y palacio y tener sitiado el castillo donde el Papa y ciertos cardenales están. Y porque el dicho Abad de Nágera y Regente Gattinara, como testigos de vista, darán larga cuenta de todo, no diré yo lo que he oido, que de vista no puedo decir nada, porque como el saquear á Roma fué tan súpito y tan cruel, harto tenía hombre que hacer en guardar la vida y la casa, y á Dios plugo que me guardó lo uno y lo otro con dos mill ducados que dí á dos españoles que me guardaron y defendieron mi posada, donde recogí más de doçientas personas que se me encomendaron, pensando que con ser Secretario de V. M. los salvara sin que me costara nada; y pues, como he dicho, se salvó la vida y los que tenía en casa, dáse todo por bien empleado.

»El cardenal Coluna, Vaspasiano y Ascanio Coluna vinieron aquí á los X deste, y si vinieran un dia ántes que el ejército llegara, aprovechara mucho, porque los romanos hicieran todo lo que los coluneses quisieran, y tuvieran espaldas con ellos para contradecir lo que el Papa les mandaba, que ninguno osaba hablar al contrario, porque luego los ponían en el castillo, y este temor

(1) C. S.—A-40.

fué causa de ser Roma saqueada con tanta crueldad cuanta los turcos lo pudieran hacer, pues no dexaron iglesias ni monasterios de frailes y monjas y beatas, y llevaron toda la plata y reliquias que había en ellas, hasta las custodias donde estaba el Sacramento; y casas hubo que fueron dos y tres veces saqueadas, así de cardenales, como de otros, y llevados presos los cardenales de Sena, Minerva, Araceli; y si la Valla y Cesarino é Inchefort y Jacobacis no huyeran á casa del Cardenal Coluna, les hiciera lo mismo que á los otros, y al cabo, todos estos cardenales se juntaron en la casa del dicho Cardenal Coluna, salvo los dos frailes, y así mismo se retiraron allí infinitos hombres y mujeres, que aunque es bien grande su casa, fuera menester mayor. Cierto, ha sido mucho remedio la venida del Cardenal y de sus debdos para muchas gentes, y pluguiera á Dios que vinieran ántes, porque, cierto, se es-torbara el saquear, y las muertes y prisiones de muchos, que certifico á V. M. nadie en Roma se escapó que lo uno ó lo otro no le interviniese, ó al menor mal ser compuesto, que harto tiene el Cardenal Coluna que hacer en concertar el pago de las tallas y dar seguridad dellas. Todos los vasallos y servidores de V. M. huelgan mucho de ver á V. M. señorear á Roma y lo demas, pero quisieran que lo de aquí fuera sin haber intervenido tantos males y pérdidas, que es gran compasion ver la gente que queda perdida para siempre; porque no se contentaban con saquear las casas, mas prendien los dueños dellas y poníenles tallas, y los que no las pueden pagar los llevan consigo presos, y á los prisioneros que tomaban les daban tormentos extraños para hacerles conocer el dinero que tenían y adónde es-

taba soterrado ó guardado, y así hallaron cuanto dinero estaba escondido. Digo todo esto, porque pasa así en verdad, porque es razon que V. M. lo sepa y mande escribir á estos cardenales imperiales, que son los que están en casa de Coluna, para que tengan algun consuelo, que están agora muy mal contentos, así por lo mucho que han perdido como por estar corridos, que siendo servidores de V. M. los hayan así tratado; y no ménos lo está el Embaxador de Portugal, que le dexaron en calças y jubon, y le llevaron preso al burgo, aunque ya es suelto; estaba infinita gente en su casa con mucha ropa, dinero y joyas, y todo lo perdieron, y los dueños fueron prisioneros y se rescataron en harta cantidad de dinero; y porque sería enojoso á V. M. decirle más particularidades de lo que aquí ha pasado cerca desto, no alargo más sobrello.

»Han hecho gobernador á Mr. de la Motta, y ya comiencan á entender en lo que más conviene al buen regimiento desta cibdad.

»Créese que si Mr. de Borbon no muriera, que no se hicieran tantos males como se han hecho; y cierto, fué grand daño su muerte.

»Los coluneses vienen quejosos de los del Consejo de Nápoles, porque nunca les quisieron dar licencia que viniesen, ni dexaron salir la gente del reino; y su venida fué más como varones de Roma que como vasallos de V. M., porque Mr. de Borbon les escribió que viniesen, y determinaron de venir so esta color.

(*En cifra.*) »El Cardenal Coluna no es de voto que V. M. jamás fie del Papa por promesas ni seguridades que le dé, porque sabe que su condicion siempre fué y es y será de tractar cosas nuevas.»

Lope de Soria al Emperador.—Génova 25 Mayo 1527 (1).

«Claramente parece tener Dios la mano en las cosas de V. M., pues tan milagrosamente las guía y prospera, al cual debe de dar muchas gracias y loarlo por ello, y pensar que tales cosas las permite con todo misterio, porque su vicario y los otros príncipes cristianos conozcan ser su voluntad de castigarlos por mano de V. M., como su verdadero siervo y católico príncipe; y que cesen sus malas intenciones y las guerras tan injustas que hasta agora le han tentado y movido para que haya buena paz en toda la christiandad y se atienda unidamente á la ençalçacion de su santa fe y castigar á los infieles; y haciéndose así, pienso que sería el más acepto servicio que se podría hacer á su divina Magestad, y por esto debe la vuestra tener por bien de procurar la paz con el Papa y todos los otros que tienen dañados los pensamientos, los cuales considerado cuan favorables son los cielos á V. M. y su grandeza, es de creer que tendrán por bien de tener su amistad. Y si le pareciese que la Iglesia de Dios no está como debe y que la grandeza que tiene de estado temporal le da atrevimiento para solevar pueblos y convocar principes para hacer guerras, pienso que sin pecado puedo acordar á V. M. que no lo sería reformarla, de suerte que tuviese por bien de atender á lo espiritual y dexar lo temporal á César, pues de derecho lo de Dios debe ser de Dios y lo de César de César. Yo me acuerdo en veinte y ocho años que ha que estoy en Italia haber visto todas las guerras causadas de los Pontífices, temiendo que estando conformes y en paz

(1) C. S.—A-40.

los príncipes seculares atendiesen á su reformation; y pues temiendo desto que sería bien, son causa de tantos males, parece que V. M. sea obligado, como soberano señor en la tierra, de quitar la causa, para que cesen tantos malos efectos. Suplico á V. Ces. Mag. perdone mi atrevimiento en tener presuncion de acordarle lo que debe tener de muchos dias en su imperial memoria.

Instruccion del Virey Lannoy á su secretario J. Durant, de lo que ha de decir al Emperador.—Siena, 17 Mayo de 1527 (1).

«.....Des incontenant que les dits General (de Saint François) et escuier Cesar (Ferramosca) eurent conclud la capitulacion de l'abstinence de guerre avec sa Sainteté, le dit escuier Cesar ala devers Mr. de Bourbon, et le dit secretaire Seron vint trouver le dit Sr. Viceroy au dit Saint Laurent. Et estoit traicté par la dite capitulacion que pour l'observance di celle le dit Sr. Viceroy deans huit jours après la conclusion dicelle se trouveroit à Rome devers sa Sainteté, affin de donner ordre devers le dit Sr. de Bourbon que son armée se mist hors des terres de l'eglise.

»Pour la grand necessité que le dit Sr. Viceroy veut que le dit royaume de Naples avoit.... fut content le dit Sr. Viceroy d'aler au dit Rome et aventurer sa persone pour le service de S. M. et preservation du dit royaume, non craignant les dangers que en tel lieu peullent avenir.

(1) Lanz: Corresp. des Kais. Karl V.—Comprende esta Instruccion todo lo que hizo el Virey desde que se despidió de S. M. en Granada hasta que llegó á Roma. Sólo se trasciben aquí los párrafos más importantes á nuestro asunto.

»Arriva le dit Sr. Viceroy au dit Rome le lundi dix neuvieme de mars XV^e XXVI, trouva le pape accompagné de six ou sept cardinauls, et le lendemain se trouva devers S. S. où il eust plusieurs devises. Et entre aultres S. S. dit au dit Sr. Viceroy quil desiroit avoir l'amitie de S. M., avec plusieurs aultres bonnes et honnetes devises, mesment que quant S. S. vist que les francois prenoient pied au royaume de Naples, qui lui en avoit despleu, et que S. S. ne vouloit que le dit Roy de France eust rien au dit Naples, donnant assez par ce à entendre que S. S. aussi ne desiroit que S. M. eust aucune chose en la duché de Milan. Autres plusieurs devises et propos furent à diverses fois tenus entre sa dite Saincteté et le dit Sr. Viceroy concernant la paix universelle, outre que S. S. estoit deliberé d'envoyer Mr. l'evesque de Veronne en France, Angleterre et devers S. M., pour entendre de parvenir aux moyens de la dite paix, et que ils ly veulent aucunement entendre, que S. S. estoit deliberé de soy trouver devers S. M. en propre personné, mais que aultrement ne lui seroit bonnement possible.

»Il vint en ce temps lettres au dit Romme du dit escuier Cesar, les quelles il avoit escript au Cardinal Cibot estant legat á Boloigne, qui contenoient comme il s'estoit trouver devers Mr. de Bourbon, ayant fait son mieulx pour faire retirer la dite armée, mais quil avoit esté contrainct de soy sauver á Ferrara pour la craincte des pietons qui l'avoient voulu tuer. Et à la verité le dit Sr. Viceroy a depuis sceu que si le dit escuier Cesar fut esté trouvé par les dits pietons au dit camp, ils l'eussent mis à mort; et pour ce que le dit Cesar en peult plainement avoir averti S. M., ne s'en fera icy plus avant mencion.

»Le Pape bien troublé manda le dit Sr. Viceroy et lui dit que en vertu du pouvoir quil avoit de l'Empereur il avoit traicté avec lui au nom de S. M., et que à ceste cause S. S. desiroit l'entretènement du contenu en la dite capitulacion, et qui s'estoit fier sur ce que l'avoit esté fait.

»Le dit Sr. Viceroy remonstra à S. S. que s'il avoit aucune difficulté au compliment di celle dite capitulacion, il procedoit du coustel des gens de guerre pour faulte de leurs payemens, mais quil esperoit que mon dit Sr. de Bourbon ayant quelque somme d'argent y remedieroit, et pour contenter le Pape et lui fere accroistre la somme de soixante mil ducats que en vertu de la dite capitulacion S. S. devoit payer, et la fere venir jusques à cens mil ducats, le dit Sr. Viceroy se condescendit et trouva moyen au dit Rome de recourir vingt mil ducats pour bailler au Pape, affin qui par fornist jusques audits cens mil ducats, remonstrant à S. S. que pour argent il ne delaisa point de achever une si bonne euvre commencée, et que à cest effect il pleust à S. S. mander à ceulx de Florence quils voulussent accroistre la dite somme et la fere jusques à cent et cinquante mil ducats. Surquoy lors S. S. respondit au dit Sr. Viceroy que si S. M. devoit aucune chose à ses gens de guerres, quil les payast.

»Le mercredi premier d'Abril XV^e XXVI le Pape envoya guerre le dit Sr. Viceroy par le dit Sr. Evesque de Veronne et Jacobo Serviati et lui dirent quils avoient nouvelles que l'armée de Mr. de Bourbon marchoit avant, lui réquerant du compliment de la dite capitulacion, disans quils s'estoient desarmés, confiant que l'on deust tenir à S. S. ce que l'on avoit capitulé au

nom de S. M.; et à ces causes pressants le dit Sr. Viceroy soy trouver devers mondit Sr. de Bourbon pour à ce pourveoir et remedier; ce que le dit Sr. Viceroy pour estre au lieu quil estoit, ne pouvoit refuser et se mist en chemin avec le maistre de casse du Pape, et alirent en poste jusques á Florence, où que le dit Sr. Viceroy remonstra au legat de Cortonne et huit de pratiques gouverneurs au dit lieu que S. S. l'avoit prier d'aler devers Mr. de Bourbon pour fere retirer l'armée hors des terres de l'eglise, laquelle non estoit voulu partir sans avoir argent; et que mon dit Sr. de Bourbon avoit escript au dit Sr. Viceroy que lui failloit avoir deux cens mil ducats pour contenter l'exercite, par quoy les vouldissent avoir regard dy pourveoir. Surquoy les dits legat et gouverneurs du dit Florence retindrent au dit lieu le dit Sr. Viceroy dix jours entiers avant fere aucune conclusion á ce que dessus.

»Pendant le quel temps vint au dit Florence devers le dit Sr. Viceroy Mr. de Lamotte, Mr. de Montbardon et Mesire Jehan de Languedoc, aulmosnier du dit Sr. de Bourbon, qui dirent au dit Sr. Viceroy de la part du dit Sr. de Bourbon que si pouvoit fere avec les dits Florentins quil payassent cent et cinquante mil ducats, que le dit Sr. de Bourbon feroit retirer la dite armée. En quoy fut practiqué de maniere que, toutes fois avec grant difficulté, les dits Florentins acordarent la dite somme de cent et cinquante mil ducats á payer á deux termes dont le dernier estoit deans le derriere de May ensuivant. Apres laquelle conclusion faicte le dit Sr. Viceroy avec le dit maistre de casse et deux commissaires de la cité du dit Florence partirent le

lundi XIII du dit mois d'Avril pour aler devers le dit Sr. de Bourbon, et firent de sorte que le mardi au soir ensuivant alirent coucher á la Rocque que estoit á sept mil (milles) de Galiata oú que lors estoit le dit Sr. de Bourbon avec son armée. Et lendemain de bon matin le pensoit aler trouver, mais le dit maistre de casse et commissaires le menirent par Castro, pour parler au lieutenant general de l'armée de S. S., nommé Guichardin; de maniere que, tant á cause du dit retardement que pour avoir depuis esté en danger de sa vie par les villains paysants qui le vouloient tuer, ne arriva devers le dit Sr. de Bourbon jusques au jöur de pasques XXI du dit mois Avril, quil le trouva au camp devant une ville nommée la Piena. Et demeura le dit Sr. Viceroy avec le dit Sr. de Bourbon jusques au mercredi ensuivant XXIII du dit mois, estant toujours lougé, beuvant et mangeant avec le dit Sr. de Bourbon, qui lui fist de l'honneur beaucoup et lors fust conclud avec le dit Sr. de Bourbon que si le Pape lui envoyoit deux cent quarante mil ducats qui feroit retirer son armée; et ainsi escrivit le dit Sr. á S. S. Et veant le dit Sr. Viceroy que les gens de l'exercite du dit Sr. de Bourbon estoient enclins et affectionnés á la guerre et que il avoit capitulé au nom de S. M. avec S. S. n'eust esté honneste d'aler avec la dite armée, parquoy s'en ala le dit Sr. Viceroy en la cité de Senne atendre la reponce de ce que le dit Sr. de Bourbon avoit escript á S. S.

»Estant le dit Sr. Viceroy au dit Senne, le penultieme du dit mois d'Avril, receust lettres du dit Sr. de Bourbon qui lors marchait avec son armée contré Rome, par lesquelles lui escripvoit quil vouldist aler devers lui. Ce que le dit Vice-

roy incontinant se delibera fere, en intencion que soy joignant avec la dite armée pourroit passer bien tost et seurement au dit royaume de Nâples pour entendre aux affaires dicelluy et aultrement, ainsi qui fut esté besoing et necessaire. Et á cest efect se partit du dit Senne le mercredi derrier du dit mois d'avril, chevalcha toute nuyt et jusques au landemain de bon matin qu'il arriva en une riviere appellée quest aupres de Lescalle, quil ne fut possible en fasson quelconques de pouvoir passer par quelque lieu que ce fut. Parquoy fut contrainct le dit Sr. Viceroy de retourner au dit Senne, car il n'avoit plus de commodité d'aler trouver la dite armée pour ce que avant que la dite riviere fut reduicte á pouvoir passer, le dit Sr. de Bourbon avec sa dite armée estoit desja oultre Viterbe, et les villains estoient en gros nombre quilz tenoient les passaiges, parquoy ne se pouvoit aler seurement au dit camp. Le dit Sr. Viceroy avise de au plustost quil lui sera possible aler au dit royaume de Nâples pour y tenir le parlement et aviser aux affaires dicellui, selon quil sera de mestier pour le service de S. M...

»Depuis estre le dit Sr. de Bourbon avec son armée en chemin pour Rome, le Pape escrivit au dit Sr. Viceroy ung brief et dit davantaige S. S. au secretaire Seron que quant aux deux cens quarante mil ducats, dont le dit Sr. de Bourbon lui avoit escript, lui seroit mal possible les pouvoir bailler, puisque l'on n'avoit pu payer les cent et cinquante mil ducats que avoient esté accordés au dit Florence, pour ce que l'on en avoit payer les gens de guerre quilz tenoient á leur soulde; et tant á ces causes que pour raison de ce que les Romains fornisoient á S. S. le payement de

huit mil hommes de pied, que aussi davantaige lui avoient promis se defendroient, et oultre que avec l'esperoir que sa dite Sainteté avoit du secours de l'armée de la dite lighue qui venoit après, fut resolu sa dite Sainteté de soy defendre plus tost que de payer les dits deux cens et quarante mil ducats. Mon dit Sr. de Bourbon fit si bonne diligence, qui partit du Ponte Santin, quest confin de terre de Senois, le mercredi premier jour du mois de May et arriva le dimanche ensuyvant VI du dit mois devant Rome, lougea son camps aux vignes sur le bôurg Saint Pierre; le Prince Doranges avec les chevaux legiers et quelque banniere de gens de pied se logea au Ponte Molle que les gens du Pape gardoient. Le lundi au matin au poinet du jour se commensa à donner l'assault au dit bourg par deux lieux, assavoir par les Espaignols et Italiens par le lieu dit sur Rippe, et les Alemans par le pourton de Sancto Spiritu; et y entrarent par force à grant perte de ceulx de dedans: le Pape se retira à chastel St. Angelo. Le mesme jour par force passerent le Tilbre et entrarent dans Romme.

»Nouvelles depuis survindrent au dit Sr. Viceroy que le Pape estoit rendu à l'armée de l'empereur.

»Il sera de besoing que sa dite Majesté pourveie bien cest à qui aura de gouverner la dite armée, et de quoy elle se soubstiendra pour le temps à venir.»

Alonso Sanchez al Emperador.—Venecia, 29 de Mayo, 1527 (1).

(*En cifra.*) «Por otra tengo dicho á V. M. lo que los desta república secretamente despues de haber sabido la entrada del ejército en Roma despacharon para el turco y agora de nuevo han vuelto á despachar, y creo que con aviso de la plática ó concierto del Papa, si bien aquí lo disimulan, tengo creido que deben de procurar que el dicho turco venga ó envíe poderoso ejército en Italia sobre los estados de V. M., y sospecho que en Pulla; y si bien por este año parece que la provision será tarde, tengo creido por cierto que si este año no, que al otro los turcos serán sobre el reino instigados por estos.»

Capitulaciones ajustadas entre Clemente VII y los capitanes del ejército cesáreo para la entrega del castillo de Santángelo, rendicion del Papa y gente que le acompañaba, y condiciones de su rescate.

«Primeramente, que Su Santidad con todos los Cardenales, prelados, cortesanos, señores y capitanes, gente de guerra y aquellos mercaderes y ciudadanos romanos y todos los otros que se hallan en el dicho castillo, se meten debaxo de la sujeccion y amparo y potestad de los dichos señores capitanes y con seguridad de las personas y ropas de cada uno, y sean acompañados para el reino de Nápoles ó para cualquiera parte que sea más conveniente para poder vivir seguramente y servir á la Cesárea Majestad sin ninguna resistencia ni impedimento, y se les hagan tales tratamientos quales convengan á S. S. y Carde-

(1) C. S.—A-40.

nales y prelados y todos los otros que con él vayan. E si algunos dellos quisieren ir á otros lugares ó se quedasen en Roma junto á S. S. y los Cardenales, sea á su alvedrío y voluntad, y á tales personas les sea dado salvo conducto muy cumplido y compañías para que vayan seguros á sus expensas.

»Item, que S. S. en todo el dicho dia de mañana haya de dar y dé y consigne el castillo de Sant Angelo en poder de quien ordenaren los señores capitanes, juntamente con el artillería y vitualla y municion y otros bienes pertenecientes á la defension y sustentacion del dicho castillo, que allí se hallen y otras ropas (1) qualesquier que allí se hallen.

»Item, por poder entretener el dicho ejército, al cual muy mal se podría contentar de guardar la dicha capitulacion, si no se le pagase alguna partida de dineros por el tiempo que han servido, que S. S. sea contento de pagar de presente ciento y cincuenta mil ducados de oro del sol, los cuales se han de pagar desta manera: que S. S., luego que sea firmada la capitulacion, dé cuarenta mil y quinientos de contado, y dará tanto oro y tanta plata, que hagan la suma de otros cuarenta mil y quinientos, de que se pueda hacer moneda, y que dentro de seis dias pagará los otros veinte mil y quinientos, y otros cincuenta mil y quinientos pagará dentro de término de veinte dias, los cuales S. S. hará pagar en Génova ó en Nápoles en mano del Reverendo Señor Abad de Nájera, ó de quien él cometiére, los cuales se pagan por el rescate de las personas que estuviesen en el dicho castillo y de sus ro-

(1) Sic: cosas?

pas, los cuales como dicho es, queden libres; y que S. S. hará, ordenará y porná sobre las tierras poseidas sobre la iglesia otros ciento y cincuenta mil, y para tal efecto S. S. diputará todos los oficiales administradores que están en las dichas tierras, los que más á propósito les pareciere á los dichos capitanes, á causa que la dicha paga sea más breve efectuada al dicho ejército y porque más presto puedan ser libres los lugares que para seguridad de todo lo sobre dicho han de dar por S. S., como adelante se dirá; y habiendo menester el dicho ejército de S. M. algun favor y ayuda en las dichas tierras y Estado de la Iglesia, que S. S. lo prestará; y por seguridad del dicho pagamento ciento y cincuenta mil. Y de los otros ciento y cincuenta mil restantes, S. S. dará para la dicha seguridad los de abajo dichos el Reverendo Arzobispo Sipontino y Pisano, obispo de Pistoia, obispo de Verona, micer Jacome Saluiati, micer Laurencio Redolfi y Simon de Ricasoli, declarando que S. S. no haya de meter posesion alguna á las tierras que de presente ha de consignar á S. M. ni tampoco á la tierra de las cieni (*sic*) de campaña, en las quales S. S. no pondrá cargo alguno.

»Item, que á causa que el dicho ejército se pueda quitar de Roma, como S. S. desea, y de las tierras poseidas por la iglesia y no haya causa ni necesidad para tomar las posesiones temporales de las ciudades ó tierras ó castillos poseidos por la iglesia, S. S. les prometa á los dichos señores capitanes de darles con buena seguridad en su poder, con nombre de la Majestad Cesárea, las tierras que aquí se dirán con todas sus fuerzas, Ostia, Civita Vieja, con el puerto de Módena, Parma, Plasencia, y éstas luego de presente S. S.

las dexa á arbitrio de S. M.; y en caso que alguna de las tierras contra la órden de S. S. fuesen inobedientes, puedan los dichos oficiales y ministros puestos por los capitanes de S. M. tratarlos como á enemigos y apremiarles á ello; pero siempre esperamos que la Magestad Cesárea por su benignidad, piedad y por la obediencia que debe á la Iglesia y Sede Apostólica deba mirar con respeto y honor y defensa suma á la autoridad de nuestro Beatísimo Padre y á la dicha Sede Apostólica; y cumpliéndose quanto en el dicho capítulo es escrito, los dichos capitanes de S. M. se deben detener con todo su ejército y con todos los otros sus súbditos de S. M. de no molestar ni hacer mal ninguno contra las otras tierras poseídas por la Iglesia en este tiempo ni fuera del, no haciendo cosa no debida contra la Magestad Cesárea.

»Item, que por complacer á la dicha Mag. Ces. y á los dichos Señores Capitanes, S. S. se contenta de entregar los señoríos de Coloneses de las ciudades y tierras y castillos y estados que S. S. les tenía tomados, sin ninguna dilacion, y primeramente restituir y entregar al Reverendísimo Cardenal Colona á sus dignidades y oficio y prerrogaciones y tambien á los bienes patrimoniales y temporales.

»Item, S. S. ruega á los dichos Capitanes que quieran mirar por la liberacion de los Cardenales que están en Roma, por quanto serán en su poder.

»Item, S. S. es contento, á la suplicacion de los dichos Capitanes y gente del dicho ejército, quitar todas las censuras y excomuniones y penas é inhabilidades en las quales podían haber incurrido por alguna cosa cometida de agora atrás contra S. S. y la Sede Apostólica.

»Item, que el Ilustrísimo Príncipe de Orange sea presente al salir que harán del castillo la gente de guerra que son dentro y todos los otros mugeres y hombres que quieran salir, y proveer que puedan andar seguramente sin ningun daño ni alteracion.

»Item, que hayan de enviar tres banderas de tudescos y cinco de españoles que les acompañen hasta cuatro ó cinco millas ó más, aquello que será menester, y cien caballos ligeros que los acompañen veinte ó veinte y cinco millas ó lo que mas fuere menester y les den la palabra que volverán seguros.

»Item, quanto á los que quedarán en el castillo y querrán quedar en Roma ó andar á otros lugares, que les hagan salvo-conductos cumplidos como dicho es.

»Item, que en el acto de partir de la dicha gente del castillo, entre la gente de la Mag. Ces., aquellos que ordenará el dicho Sr. Príncipe, los cuales tengan las fuerzas dél en seguridad; y los que habrán de quedar en las partes más esteriores, sean las personas de los dichos Capitanes con cuatro ó seis pagas á cada uno para hacer la guarda conveniente.

»Item, que por todo el dia de mañana S. S. envíe á Ostia y á Civita Vieja á los castellanos gobernadores el aviso de la dicha capitulacion, de manera que puedan concertar sus cosas, y despues del dicho dia de mañana envíe los comisarios para consignar las dichas fuerzas en mano de quien el dicho señor Príncipe ordenará con las signaturas y breves necesarios; y sean tales personas que no vayan en vano y hagan partir las galeras de M. Andrea Doria y otras que serán en el puerto de Civita Vieja para el primer tiempo

que hará, á fin que partidas luego se puedan consignar á la gente de S. M.

»Item, que S. S. con los Reverendísimos Cardenales que querrán partir con él, pagados que sean los dineros convenidos, que son los cien mil primeros, con seguridad de Ostia, Civita Vieja con el puerto, y dados los rehenes y enviados los comisarios para cobrar la resta y para dar Módena, Parma y Plasencia, puedan y deban entender con S. S. á hacer las dichas expediciones, habiendo entendido las sobre dichas ofertas y capítulos y provisiones de S. S., el Illmo. Sr. Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange y otros señores capitanes de la nacion española y alemanes y italianos, de á caballo y de á pié, y el Señor Abad de Nájera, comisario general del dicho ejército, los otros consejeros oficiales que de ello conocen la humanísima y buena disposicion de S. S., la cual se hace manifiesta con tales efectos y sabiendo el ánimo y voluntad de S. M. C. haber sido siempre haber y tratar á S. S. por buen padre, en guardársela y conservársela en verdadera amistad, en haberla en... (respeto) como es justo y conveniente á S. M. y á su benignacion y ánimo y buen coraçon y acetando las dichas capitulaciones y ofertas y promesas dichas y con el medio del Magnífico Micer Juan Bartolomé de Gatinara. Y así por el tenor de la presente capitulacion aceptándola así mismo S. S. ha prometido y promete de guardarla y hacerla guardar entera y realmente sin ninguna articulacion ni interpretacion de su parte, y tambien los dichos señores prometan y prometen guardarla y hacerla guardar cumplidamente de su parte, y en fe dello hemos escrito las presentes capitulaciones, firmadas de nuestra propia mano,

de las cuales se hicieron dos traslados para cada una de las partes el suyo auténticamente. En Roma, etc. (Siguen las firmas de los cardenales y capitanes principales.)

Carta de Juan Bartolomé de Gattinara, regente del reino de Nápoles (1) al Emperador, dándole cuenta de lo sucedido en el asalto y saqueo de Roma.—Roma, 8 de Junio de 1527.

«Sacratissimo Cesare.

»Esta mia faccio scrivere in italiano e per mano d'altri, perchè, per il caso occorso in mia persona, come dirò abbasso, non posso scrivere di propria mano.

»Sappia Vostra Maestà, che, doppo che monsignore di Borbone si trovò con l'esercito di Vostra Maestà contro Fiorenza e Siena, essendo informato che la detta città di Fiorenza era assai fortificata, e che dentro detta città si metteva l'esercito della lega per la difensione, di modo che l'espugnazione sarebbe stata imposible, o almeno tanto tarda, che il pericolo era espresso. che l'esercito di Vostra Maestà, per la necessita di vettovaglia et altre cose e falta di pagamento si averia da dissolvere, e si potria del tutto perdere; sapendo, dall'altra parte, che Roma stava disarmata, e che pigliandola e mettendola, insieme con il papa, in molte necessita, si guadagnaria tutto il resto, o almeno si faria tanto vantaggioso l'utile et approfittamento, del quale Vostra Maestà resteria sodisfatta; parse al detto

(1) Hermano del célebre Mercurino, gran Canciller de Carlos V.